

cia la fragancia exhalada del traje de la jóven, de que se habia impregnado la atmósfera del salon.

Luego, permaneciendo pensativo con el codo apoyado en el brazo del sillón y la frente en la palma de la mano. Así estuvo quince minutos, que tardó Lindora en volver.

Llegaba sonriendo; buena señal que anunciaba la concesion.

—¿Podré verla?... interrogó Ildemaro mas bien que con sus inarticuladas frases, con la expresion de sus ojos.

—Sí, señor; pero no en este momento; se halla algo indispueta, y me ha dicho haga á V. presente que tiene un placer en concederle la entrevista que desea, para lo cual se le avisará convenientemente el dia y la hora.

Ildemaro se inclinó como acatando aquella resolucion en todas sus partes.

Lindora siguió diciendo:

—La limosnera particular de la señora condesa, me ha dicho que Adalberto Guanter con toda su familia vive en las Colonias, lindo barrio fundado recientemente fuera de la puerta de Alcalá. Allí le encontrará V.; pero es muy conveniente, y la señora se lo ruega, que vea V., antes de visitar á este buen anciano, á la señorita Tránsito, hija menor del marqués de Blancarosa, porque tiene que comunicar á V. algunas noticias importantes.

—Lo haré segun se me ordena; doy á V. mil gracias por su amabilidad, y la ruego tenga la bondad de dispensarme.

—Nada tiene V. que agradecerme..... y cuando necesite alguna cosa, sepa que tendré un placer en complacerle.

—Sí, señorita; yo la prometo que en todas mis tribulaciones me acordaré de la lisonjera acogida que la he merecido.

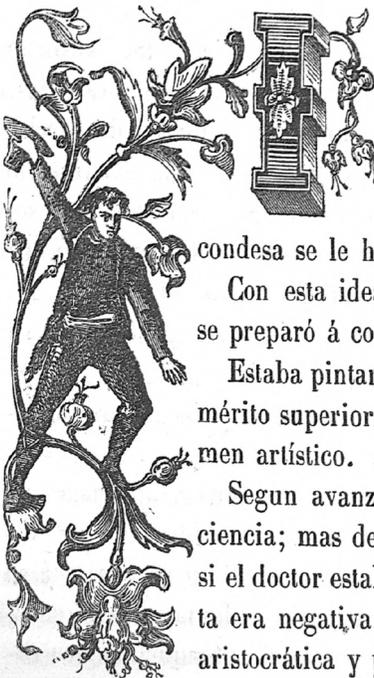
Concluyó suplicándola que ofreciese á la señora condesa y á su limosnera la seguridad de sus respetos, y con algunos ligeros cumplidos y varias genuflexiones, salió encantado de aquel mágico recinto, y mucho mas de la portentosa belleza de sus moradoras.



## CAPÍTULO XII.



### Tormenta.



**L**DEMARO se volvió á su habitacion resuelto á aprovechar el primer instante que se le presentase de ver á Tránsito, siguiendo las indicaciones que de órden de la condesa se le habian comunicado.

Con esta idea cogió la paleta y los pinceles y se preparó á continuar su interrumpida tarea.

Estaba pintando un cuadro, obra de arte de un mérito superior, que debia presentar á un certámen artístico.

Segun avanzaba en su tarea, crecia su impaciencia; mas de dos veces preguntó á los criados si el doctor estaba ya en casa; siempre la respuesta era negativa. Una de ellas le presentaron una aristocrática y perfumada carta.

—¡Oh! ¡de quién será!.... murmuró entrando en su gabinete y cerrando la puerta tras él, á fin de que ninguna mirada estraña pudiese notar su impaciencia.

Abrió la carta, y arrojando un grito de alegria, exclamó:

—¡De ella!... ¡de mi bienhechora!... ¡del ángel que me ama!... pero yo, ingrato, no la correspondo como debiera..... ¡ay! mi corazón se resiste á concederla un amor profano; no puedo..... el sentimiento que me inspira esta angelical criatura, es dulce..... tranquilo..... parece mas bien un afecto fraternal..... una gratitud profunda, porque verdaderamente á ella debo el que la condesa se haya interesado por mí. Es verdad que mi corazón está lleno todavía con el recuerdo de aquella morena encantadora, de aquella Blanca adorada, causa inocente de mi enfermedad y de mis penas. Y mientras no pueda arrancar de mi pecho la volcánica pasión que con solo una mirada supo inspirarme, me será imposible consagrarme á otro amor!.....

El jóven cayó sobre un sillón, permaneciendo pensativo largo rato; conservaba la carta abierta en la mano.

Era de la jóven hija del marqués de Blancarosa.

Hé aquí su contenido:

«Amigo mio: recibí su muy atenta llena de protestas ardientísimas de adhesión y gratitud..... ¡ay! gratitud que rechazo..... porque no la merezco;.... todo se lo debe V. á Blanca la Estrañera..... ese ángel misterioso, cuya misión en la tierra es sin duda la de derramar sobre el infortunio el inagotable manantial de la sacrosanta caridad..... así pues, no hablemos mas de este asunto, se lo ruego; disfrute los beneficios sin cansarse en averiguar su origen.

» Su lisonjera carta ofrece un consuelo á mi alma; me dice V. que disponga de su fraternal cariño, de sus consuelos y de su leal apoyo. ¡Gracias!.... ¡oh! ¡mil gracias, amigo mio!.... crea V. que esas promesas me han hecho mucho bien y las acepto con la efusión de un alma que, desgarrada y próxima á sepultarse en el inmenso piélago del dolor, halla un punto de apoyo, un sentimiento suave y dulce que oponer como lenitivo á sus acerbas amarguras.

» En este concepto, permítame que le llame hermano, y como tal deposite en su pecho las graves confidencias de un secreto que me destroza el corazón; necesito la luz de sus consejos para guiarme y

obrar en un importantísimo y árduo asunto que tiene referencia á sus buenos padres.

«Estoy en mi habitacion constantemente, y puedo recibirle á cualquier hora en que guste favorecerme.

«Permítame despedirme con la frase dulcísima y fraternal de su hermana

*Tránsito.»*

La pobre niña, víctima de ajenas culpas, y mártir de sus generosos sentimientos, sufría horriblemente, vertiendo en su carta la anticipada espresion de su martirio.

Ildemaro permaneció mas de media hora triste y meditabundo; luego se levantó, pidió el almuerzo, que le fué servido inmediatamente por dos atentos y serviciales negros que estaban á su servicio. Luego, vistiéndose con esmero, salió, dirigiéndose al palacio de Blancarosa.

Eran las doce.

Tránsito, desde que supo los crímenes de su madre por boca de Blanca y la vió luego presentarse como una fantástica aparicion delante de sus padres, no habia podido encontrar un momento de reposo.

Débil y tímida por carácter; impresionable y melancólica por naturaleza, no podia menos de afectarla profundamente las revelaciones funestas de los estravíos de su madre.

Sufría en su interior; anhelaba poner remedio á los grandes males que preveía; pero no se hallaba con fuerzas para ello. ¿Qué haría la infeliz?... ¡débil obstáculo para un torrente tan fuerte!...

Llorar, sufrir por todos.... consolar al triste, compadecer al culpable y elevar al cielo sus purísimas oraciones, rogando al Sér Supremo que acogiese á unos y á otros en su santa gracia, evitando, si era posible, aquella horrenda desgracia que amagaba su cabeza.

Esto es lo que hacía la santa y generosa Tránsito cuando la anunciaron la visita de Ildemaro.

De rodillas ante un reclinatorio, lloraba y rezaba.

El jóven entró en un saloncito que ya conocen nuestros lectores;

aguardó algunos instantes en pié cerca del balcón, jugando distraído con la caña de Indias que llevaba en la mano, y la vista fija en el suelo.

Tránsito, pálida, abatida, llorosa todavía, se presentó entre las colgaduras que ocultaban la puerta de su dormitorio. Al ligero crugido de su trage de seda, Ildemaro alzó la vista. Sus miradas se encontraron.

Empero no se cruzó con ellas ese flúido magnético que hace estremecer las fibras mas delicadas del corazón; ambos sintieron un afecto dulce, un impulso irresistible de amarse, de arrojarse uno en brazos del otro y confundir sus lágrimas con los latidos de sus corazones; mas nada de esto sucedió; sin embargo de que sus sentimientos fueron idénticos, los ocultaron en el fondo de su pecho, y saludándose con la afectuosa confianza de una antigua amistad; se cambió entre ellos un recíproco juego de cumplidos y galanterías, y luego, tomando asiento cerca del balcón, Tránsito dijo:

—Ha sido un atrevimiento en mí, llamar á V. para revelarle un secreto.

—Diga V. mas bien, amiga mia, una prueba de confianza que me honra mucho y á la cual estaré siempre reconocido, contestó Ildemaro.

—Su bondad y su indulgencia disculpan mi osadía; conozco que he obrado con ligereza; pero no me arrepiento, porque le creo á V. un hombre de honor y de corazón sano y generoso.

—En cuanto á lo primero, está V. en el derecho de retirarme su confianza si siente hábermela concedido.....

—Acabo de decir á V. lo contrario...., interrumpió la jóven con viveza, clavando en el pálido rostro del jóven una mirada melancólica.

Sus ojos volvieron á encontrarse, sin que resultase el choque eléctrico de dos corazones que se aman.

Indudablemente un sentimiento de otro género les dominaba; nunca podían amarse..... habia un obstáculo en su misma naturaleza que se lo impedia, sin que pudieran adivinarle. Un impul-

sivo desvió les rechazaba como amantes, y un simpático atractivo les hacía arrojarle como hermanos al uno en brazos del otro.

¡Incomprensible voz de la naturaleza! ¡grito de la sangre, que no puede menos de estallar donde quiera que se halle!....

Ildemaro, despues de una breve pausa, exclamó:

—Si la simpatía de la desgracia es necesaria para consolidar una amistad profunda y expansiva, nadie mejor que nosotros puede sentirla. Si V. es desgraciada, si V. tiene penas desgarradoras que la destrozan el alma, yo á mi vez debo decirle tambien que adolezco de iguales contrariedades, y en este concepto, unámonos con un afecto fraternal, y revelándonos mutuamente nuestras penas, depositaremos en las heridas del alma el bálsamo del consuelo.

—¡Tambien V. es desgraciado!.... murmuró la jóven conmovida.

—¡Mucho!.... con tal extremo, que hoy la vida ha llegado á ser para mí una carga insoportable.

—Y acaso su dolor tenga la base en la desgracia de sus ancianos padres...., dijo Tránsito.

—Gran parte consiste en ellos.

—Me lo figuraba; han sufrido mucho, y V. no puede ser indiferente á sus lamentos.

Tránsito, al explicarse así, debe suponerse que le creia enterado de la historia de Adalberto, le juzgaba hijo suyo, y en tal concepto, hermano de su madre.

—¡Soy su sobrina!.... se decia interiormente, él es bueno y honrado, y puedo con seguridad revelarle el secreto de mi madre; así me ayudará á salvarla, evitando que sus padres la reconozcan y tengamos un escándalo irremediable.

Subyugada por esta idea, prosiguió diciendo en voz alta:

—Pero en medio de todo, los encuentra V. nobles y dignos de sus hijos, lo cual es una felicidad, porque en las borrascas del mundo es un medio de salvacion una conciencia tranquila.

Ildemaro la escuchaba con sorpresa.

—Por sus palabras veo se halla iniciada en los pesares de Adal-





Lit. Labielle. C. Monserate. 3.

¡ Mi madre ! exclamó la jóven .

berto, dijo sin atreverse á decir su padre, porque le repugnaba desde que comprendió que no lo era.

—¡Sí, amigo mio!.... todo lo sé; y mucho mas que V. ignora.

—¡Sabe V. nuestro secreto!.... murmuró el jóven aterrado y creyendo que Tránsito se referia á la historia de su nacimiento.... Sabe V. que soy hijo....

—¡Suyo y hermano de mi madre!.... le interrumpió sollozando.... sí, ¡hermano de mi madre!.... ¡oh! ¡tio mio!....

El impulso de sus corazones se manifestó claro en aquel momento.

Ildemaro abrió los brazos, y la pobre Tránsito, gozosa de encontrar un corazon honrado donde refugiarse, se precipitó en ellos, confundiendo por un momento sus ardientes lágrimas.

La fatalidad, representada en la figura de su madre, tenia que amargar su dicha. Cristina Guanter, que jamás entraba en el cuarto de sus hijas, se le antojó ir á ver á Tránsito en el instante de hallarla abrazada con un jóven desconocido.

Sin embargo de tener aquella muger un corazon corrompido, gustábase guardar en cierto modo las apariencias; por eso al encontrar á su hija de aquel modo, irritóse sobremanera, y queriendo representar el papel de madre ofendida, empezó á descargar sobre ella todo el rigor de su ira, exhalada en denuestos é imprecaciones.

A su repentina aparicion, los dos jóvenes quedaron mudos por la sorpresa y el temor.

—¡Mi madre! exclamó la jóven desasiéndose de los lazos que la oprimian y quedando de pié en actitud humilde delante del divan en que habian estado ambos.

—¡Mi hermana! murmuró á media voz Ildemaro, que creyó firmemente lo que Tránsito acababa de comunicarle.

La marquesa por su parte, mirando colérica á uno y á otro, agitó una campanilla y dijo al criado que se presentó á recibir sus órdenes:

—Que venga el marqués; luego, volviéndose hácia los jóvenes, exclamó con el parasismo de un enojo comprimido:—¡Hola!... ¡hola!... ¡señoritos!... ¡La taimadita de la niña!... y el caballero seductor! ¡qué joven empieza V. á representar el indigno papel de infame galanteador!

—¡Señora, vea V. lo que dice!... yo he venido aquí con las puras intenciones de un hombre de honor.

—¡Madre mia!... ¡calme V. por Dios, su enojo!... yo la explicaré... suplicó Tránsito llorando.

—¡Aparta, víbora, que vienes á introducir la deshonra en el seno de tu familia!...

—¡Eso nunca! ¡jamás!... lo que anhelo es apartarla de su frente!...

—Y V., caballero, ¿quién es y con qué títulos se presenta en esta casa?

Antes de decir esto la marquesa, se habian presentado en la estancia el marqués y Clodomiro; éste, que conocia de vista á Ildemaro por haber ido á retratarse á casa de Mr. Ernesto, se apresuró á contestar á la pregunta de su madre diciendo:

—Este joven trabaja en casa de Mr. Ernesto en la calle de la Montera; algunas veces me ha retratado.

—¡Cómo! ¡eso mas!... ¡y tú, la noble hija del marqués de Blancarosa, has osado poner los ojos en un miserable pintorzuelo!...

—¡Pero qué es esto! ¡qué ha sucedido!... exclamaba el marqués mirando atónito aquella escena sin comprenderla.

—¡Una cosa muy grave!... ¡que tu hipócrita hija, la que teníamos por un ángel, ha cubierto de oprobio nuestra noble frente, degradándose de una manera inicua!... ¡Oh! ¡qué escándalo!... no contenta con entregar su amor á un perdido!... á un quidam, se atreve á introducirle en nuestra misma casa para arrojar aun mas sobre nosotros el lodo de que se ha cubierto!... ¡Oh! ¡sabe que los infames estaban abrazados!...

No era posible sufrir mas.

Ildemaro se irguió con altanería.

Tránsito alzó con orgullo su cabeza.

## CAPITULO XIII.

### Continúa la tormenta.



todo esto, tan desaforados eran los gritos de la marquesa, que la habitacion se llenó de gente, creyendo que ocurría alguna cosa.

La indignacion de Tránsito al verse ultrajada de aquel modo por una muger tan culpable como su madre, era inmensa; quería callar por evitarla un bochorno; pero como seguían los dicterios de todos, cayendo sobre ella uno por uno, no pudo mas y exclamó:

—Soy inocente; ¡mi cabeza, limpia de toda mancha, puede elevarse con orgullo!....

—¡Miserable!.... ¡buen orgullo tienes tú.... abrazando á un pintamonas en tu cuarto!.... la gritó todavía mas encolerizada su madre dirigiéndose á ella con los puños cerrados en accion

de descargarlos sobre su cabeza.

—¡Los dos han de morir á mis manos!... dijo el marqués enarbolando su baston y precipitándose hácia ellos; pero Ildemaro, poniéndose con magestad suprema delante de Tránsito, resguardándola con su cuerpo, exclamó:

—¡Deténganse!.... esta señorita es mi sobrina; y entre nosotros no existe otro lazo que el de un parentesco sagrado.

—¡Qué dice!.... ¡está loco!.... ¡su sobrina!.... vaya un tío jovencito..... no es mala la estratagema.

—¡Sí, créalo V., madre mia!.... gritó Tránsito..... Este jóven se llama Ildemaro Guanter, es hijo de sus padres de V. Adalberto y Carmela, y por consecuencia hermano suyo.

Un rayo que hubiera caído á los piés de la orgullosa marquesa no hace mas efecto que la terrible revelacion escapada de los lábios de Tránsito.

Entonces tambien conoció Ildemaro que por falta de esplicaciones habia llegado á creer un error; siendo la marquesa hija de Adalberto, no era su hermana.

—¡De quién habla!.... ¡qué ha dicho!.... exclamó el marqués dirigiéndose á su muger; anoche tambien lanzaron sobre tí una acusacion que aun no he podido descifrar y que me tiene bastante preocupado.

—¡Yo lo diré todo!.... explicaré este misterio y quedaré en el lugar que me corresponde, dijo Tránsito.

—¡Infamándome á mí con una calumnia infame, vas á sincerarte?... ¡Oh! ¡antes que hables una palabra, te arrancaré la lengua á pedazos! gritó la marquesa adelantándose hácia Tránsito; pero ésta, que se veía en un conflicto, sin saber cómo acertar, exclamó:

—¡Atrás, señora!.... no me toque V.; ¡yo soy la depositaria de todos sus secretos, que me ha revelado la condesa de Paraná! ¡y con una palabra puedo perderla!....

La jóven se figuró que con estas palabras conjuraria la tempestad; pero sucedió lo contrario; entonces, no solo se irritó su madre mas y mas, sino que tambien el marqués, que como culpable, se estremecía á cada momento, tomó parte en la furibunda rãbia de su cara esposa y ambos se lanzaron sobre la jóven.

El primer golpe lo evitó Ildemaro poniéndose delante y gritando á la jóven para que huyese, mientras él la cubria la retirada. Tránsito, conociendo que no habia otro remedio, salió precipitadamente, y al dirigirse á la escalera, la dijo Martinica:

—A la puerta tiene V. un coche; váyase corriendo á casa de Blanca la Estranjera.

Efectivamente, la jóven doncella, conociendo que no tenia otro remedio que la fuga, le habia mandado buscar.

En tanto, el generoso pintor, por defender á Tránsito, recibió en la cabeza un fuerte golpe que le hizo caer trastornado.

El marqués y Clodomiro corrieron tras de la jóven; al verla alejarse en un coche, tomaron el de la marquesa, que aquella habia mandado enganchar momentos antes, y la siguieron, anhelando á todo trance saber de ella la esplicacion de sus enigmáticas palabras.

Casi todos los criados de la casa, que estaban en la habitacion, echaron á correr con ánimo de defenderla si su padre la alcanzaba; Martinica, asomada al balcon, la vió montar; vió que el coche de la marquesa estaba tambien á la puerta y que iban á ocuparle para ir en su persecucion, y en aquel momento de angustia gritó al cochero:

—¡No la alcanceis!.... ¡dejadla que se salve!

Poco despues ambos coches rodaban con direccion á la calle de Alcalá, y se detuvieron casi á un tiempo á la puerta del palacio de Blanca la Estranjera.

Dejémoslos y volvamos al gabinete de Tránsito, donde Ildemaro, aturdido de un bastonazo que le dió la marquesa, habia caido en tierra sin conocimiento. Ésta exclamó con terror:

—¡Oh! ¡qué horror! ¡le he muerto!....

—¿Qué ha hecho V.?.... la gritaron las doncellas que quedaron á su lado.

Todas quisieron levantarle; pero sus esfuerzos eran inútiles; estaba como muerto.

—¡Un médico!.... ¡un médico, corriendo, y traedme unos frascos de esencias!.... gritó la marquesa arrodillándose cerca del jóven y colocando su cabeza entre sus manos para examinarle con mas detenimiento.

Entonces pudo ver una señal que Ildemaro tenia, y en la que

no habia reparado hasta entonces. Era sobre el lábio superior una mancha roja parecida á una fresa. Aquello la hizo reflexionar.

Le examinó con mas atencion, y descubriéndole el pecho, halló en el lado izquierdo cerca del corazon un lunar grande del tamaño de una peseta.

—¡Oh! ¡Dios mio!... ¡si será él!... murmuró; tiene las mismas señales que el conde: el lunar y la fresa.... ¡Oh! ¡qué horrible ansiedad, y no vuelve en sí!... ¡si habré matado á mi hijo!....

Los criados volvieron con varios frascos, que entregaron á su señora.

Ésta, vertiendo el contenido de uno en una jofaina de plata que la presentaron, empapó una esponja, y frotando las sienes del joven, se la puso luego en la nariz; el fuerte olor que despedia la esponja, le hizo recobrar los sentidos. Abrió los ojos, los tendió en torno suyo, sin comprender, sin acordarse de lo que habia sucedido.

La marquesa, aterrada, pero animosa en medio de todo, ayudó á levantarle, le puso un paño de arnica en el sitio donde recibió el golpe, y haciéndole sentar en un sillón, hizo seña á las criadas para que saliesen, y se sentó en otro.

Una de ellas volvió diciendo:

—Aquí afuera hay una pobre muger que ha preguntado por la señorita Tránsito; ¿qué la decimos?

—¡Qué pase!.... contestó la marquesa, pensando que acaso podría sorprender algun secreto de su hija.

Instantes despues se presentó en la estancia Carmela, la anciana esposa de Adalberto Guanter.

Verla Cristina y sentir una viva conmocion que estremeció todo su sér, fué cosa de un momento.

Por su parte Carmela tambien se conmovió profundamente al reconocer en aquella opulenta dama á su indigna hija, que abandonando á los quince años el techo paterno, se escapó de Búrgos con un amante, cubriendo de oprobio y de baldon la honrada cabeza de sus padres.

Calló sin embargo y poniendo la mano en el corazon para con-

tener sus latidos, exclamó con una voz que procuró hacer indiferente:

—¿La señorita Tránsito no está?....

—¡Ha salido! contestó con sequedad la marquesa hundiéndose en el sillón y procurando ocultar su rostro con la mano.

Ildemaro, medio atontado todavía, estaba sentado en un sillón, apoyando la cabeza en unos almohadones y vuelto hácia el balcon, de modo que, continuando en aquella postura, no podía Carmela reconocerle.

—Ha sido tan buena para nosotros, socorriéndonos cuando no teníamos mas recurso que morir de hambre.....

La anciana recalcó estas palabras esperando ver el efecto que hacian; la marquesa continuó en su inmovilidad; ella prosiguió trémula por la ira que iba enrojeciendo su rostro:

—Que yo, apenas he sabido su nombre, que me reveló anoche el doctor negro, vengo, á pesar de su prohibicion, á manifestarla nuestra gratitud por sus inmensos beneficios y por los que, gracias á su recomendacion, nos prodiga hoy la condesa Blanca la Estrasnjera.

—¿La Estrasnjera?... ¿Luego Tránsito la conoce?... exclamó con viveza Cristina sin variar de postura.

—Sí, señora; son íntimas amigas; y entre las dos han evitado nuestra muerte socorriéndonos generosamente; pero no han podido evitar la deshonor que una hija infame arrojó sobre nuestra frente.

Cristina calló. La anciana siguió diciendo con creciente indignacion:

—¡Si V. supiera qué cruel es tener hijas á las que se ama con delirio, por las que daria la vida, y á las que se vé despues infamadas, envilecidas, desconociendo á los autores de sus dias, solo porque están cubiertas con encajes y terciopelos!... ¡Ah! ¿sabe V., señora, lo que merecen esas muges que labran la infelicidad de sus familias? pues merecen lo que ya llevan en sí: la infamia y el desprecio de las personas honradas.

—¡Basta, señora!... puede V. salir de aquí: con harta paciencia he oido sus necedades, exclamó con ímpetu Cristina.

—Sí saldré, sí, puesto que me arrojas de tu casa; pero no será sin decirte que al fin te he reconocido; tú eres aquella Cristina adorada de mi corazón que á fuerza de caricias te tornaste en víbora, dejándonos, en pago de nuestro amor, tu venenosa mordedura!.... ahora, adios, no quiero avergonzarte con mis harapos; mas ten entendido, que Dios castiga en este mundo y en el otro los delitos de los malos hijos..... y tú, que le mereces muy grande, le obtendrás cumplido.

La infeliz anciana, que habia hecho un poderoso esfuerzo para contenerse, no pudo resistir mas, y rompió en sollozos desgarradores.

Ildemaro, que hacía un rato daba muestras de recobrar todos sus sentidos, la conoció de repente, y levantándose, se dirigió á ella y exclamó:

—¡Oh! ¿es V.?.... ¿por qué ese llanto?.... aunque muy ofendido por su reserva para conmigo, aun tienen en mí un hijo tierno, pronto á sacrificarse en su obsequio si preciso fuere.

—¡Oh, hijo mio!... ¡tú sí que tienes un corazón de oro!.... gritó la pobre muger arrojándose en sus brazos.

—Esa señora, segun tengo entendido, es hija de V., y me lo han ocultado como me ocultaron el misterio de mi nacimiento; ¡ah, madre mia! ¡por qué tanta reserva conmigo!....

—Porque nos era bochornoso confesar que nuestra hija se fugó de nuestra casa por seguir á un hombre que, en pago de sus falsas caricias, la daría únicamente la deshonra.

—Y el secreto de mis padres, ¿por qué ocultármelo?....

—Esperando á que el conde del Olivo, tu padre, te reclamase, no quisimos decirte nada; aquí tienes el anillo que nos dió; con él puedes llegar á su presencia, y acaso te reconozca.

—¿Pero y mi madre?.... ¡yo quiero saber quién es mi madre!

—No la conocimos; ni la mas mínima señal suya te podemos dar.

—¡Ah, madre querida!.... ¡quizá sea una víctima infeliz!

¡Cuán léjos estaba el generoso jóven de creerla tan próxima! Allí, de pié, erguida, apoyándose en el borde de una mesa, se ha-

llaba la misma á quien invocaba con toda la efusion de su alma.

Un temblor nervioso recorria sus miembros, agitándose en su interior una lucha horrenda entre su amor de madre, su orgullo y sus deberes.

Su posicion la impedia reconocer á aquel pobre fruto de sus extravíos; su posicion tambien la impedia que reconociese á sus padres; porque al casarse, y á fin de evitar que su marido descubriese su anterior conducta, se fingió huérfana, y por tal era conocida en la sociedad, donde tanto la gustaba brillar.

Aquella consideracion y su satánico orgullo la cegaron, en términos que, encerrándose en la mas absoluta negativa, tuvo aun fuerza para esclamar:

—Señora: V. sé ha equivocado creyéndome su hija, y no puedo menos de rechazar sus acusaciones, exigiendo de V. que no vuelva á alucinarse con semejante ilusion, si no quiere ser perseguida como impostora.

—¡Solo te faltaban esas palabras para completar el cuadro de tus maldades, hija ingrata!....

—Señora, dijo Ildemaro mirando con desprecio á Cristina: mi buena madre, la que me ha servido de tal durante veintiun años, está en su derecho al hablaros así.

—Ni ella ni V. están en derecho alguno, cuando han venido á mi casa faltando á todas las consideraciones sociales, exclamó Cristina colérica.

El jóven y la anciana la miraron con desden. Ella, irguiéndose mas, volvió á decirles:

—Ustedes en igual de respetar á la marquesa de Blancarosa, vienen á insultarla por no sé qué necia quimera.....

—Dichoso marquesado, que le debes á un doble crimen, añadió la anciana; luego, volviéndose hácia Ildemaro, exclamó: ¡Oh!.... ¡mira su palidez!.... es el delito que la hace temblar; sabe, hijo mio, que esa muger tan orgullosa, asesinó al marqués y á su hija para disfrutar sus bienes.

—¡Oh! ¡qué horror! ¡huyamos, huyamos!.... dijo Ildemaro.

—¡Miserable reptil! ¡yo te maldigo!.... exclamó Carmela saliendo de la habitacion con Ildemaro, que repitió sus palabras.

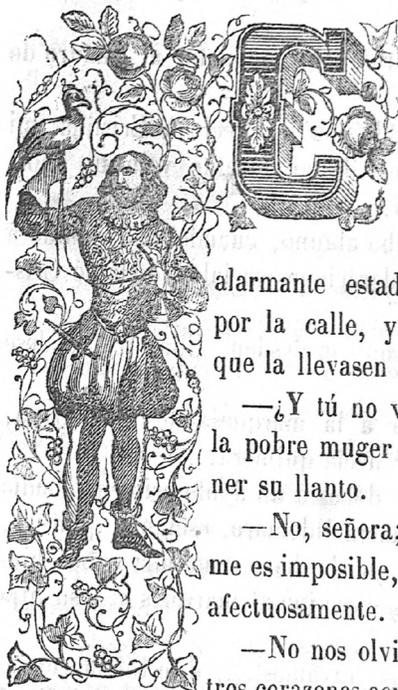
La marquesa cayó anonadada en un sillón, exclamando:

—¡Ah! ¡maldecida por mi madre!.... y por mi hijo! es muy cruel; pero me queda la consideracion del mundo!....

## CAPITULO XIV.

*éce*

### Una escena en el jardín.



ARMELA, sumamente acongojada y exhalando ahogados sollozos, salió del palacio de Blancarosa; Ildemaro la acompañaba, y á fin de no llamar la atención con su alarmante estado, detuvo un coche que pasaba por la calle, y haciéndola subir en él, mandó que la llevasen á su casa.

—¿Y tú no vienes, hijo mio?.... le preguntó la pobre muger haciendo un esfuerzo por contener su llanto.

—No, señora; mañana pasaré á ver á V.; hoy me es imposible, la contestó estrechando su mano afectuosamente.

—No nos olvides..... ya sabes que en nuestros corazones ocupas el mismo lugar que si realmente fueras hijo.

—Lo sé, y se lo agradezco en el alma, pero necesito buscar á mi madre; quizá sea desgraciada y necesite el consuelo de mi amor.

—¡Oh! ¡quién sabe lo que será de ella!... apenas naciste, te dejaron en nuestros brazos y se la llevaron sin respetar su delicada situación.

—Hay mi único pensamiento es conocerla; así pues, no me detenga, adios; iré mañana por allí.

—Te aguardamos, adios; el cielo te guie; y ojalá que tu madre sea una santa, y encuentres en su cariño la felicidad que no podemos darte nosotros.

Ildemaro cerró la portezuela; el coche partió, y él, triste y cabizbajo, se dirigió á su domicilio.

Llegó á la calle de Alcalá, y en igual de entrarse por aquella puerta del palacio, fué á dar la vuelta buscando la que comunicaba con la calle de la Aduana. Un coche estaba en la puerta. El doctor acababa de llegar.

—Me alegro ver á V. ya de vuelta, mi querido doctor, dijo el jóven alcanzándole en la escalera.

—Vengo de la quinta de la Retama, donde dejo casi moribunda á la pobre Renatá.

—¿Qué dice V.? ¿á la graciosa niña que he conocido en casa de Marciana?... preguntó Ildemaro.

—Justamente, á la sobrina de fray Severo. Ha dado una caída del caballo, que por poco le cuesta la vida.

—¡Qué desgracia!... ¡cuánto me alegraría verla!... ¿y dice V. que está en la quinta de la Retama?...

—Sí; allí la ha entrado el conde del Olivo, que llegó á tiempo de salvarla sujetando el caballo que la conducía desbocado á través de los campos.

—¡El conde del Olivo! murmuró sombríamente Ildemaro.

—Si quieres verla, aprovecha la ocasion; vete en el coche que está en la puerta aguardando mis órdenes.

—¿Encontraré allí al conde?...

—Sí, me ha ofrecido no separarse en todo el dia de la enferma.

—Y dígame V.; ¿en esa quinta no vive un jóven llamado Senen?

—Sí; es el sobrino de la señora de Mendoza.

—Me alegro; ha sido discípulo de Mr. Ernesto; en su casa le conocí, y nos hicimos amigos; voy pues á verle, y al paso me informaré de la salud de Renata.

—Adios; yo iré á la tarde; si quieres esperarme, nos volveremos juntos, dijo el doctor entrando en sus habitaciones.

—Corriente, exclamó el jóven bajando la escalera.

Poco despues se dirigia á la quinta gozoso con la idea de encontrar al conde del Olivo, á quien creia su padre.

Entretanto el doctor negro subió á dar cuenta á Blanca del accidente ocurrido á Renata, y no encontrándola en sus habitaciones, se decidió á esperar su regreso, juzgando no tardaria, puesto que Lindora le dijo que habia bajado al jardin.

Efectivamente Blanca, cuando Ildemaro se presentó á suplicar le concediese una entrevista, estaba en su tocador disfrazándose para visitar su colonia, que lo hacía siempre bajo la forma de la condesa de Paraná; llamémosla así cuando adopte el disfraz que la asemejaba á su difunta madre.

Como era temprano, decidió no salir hasta despues de almorzar, y se bajó al jardin, en cuyas sombrías alamedas se disfrutaba una frescura deliciosa.

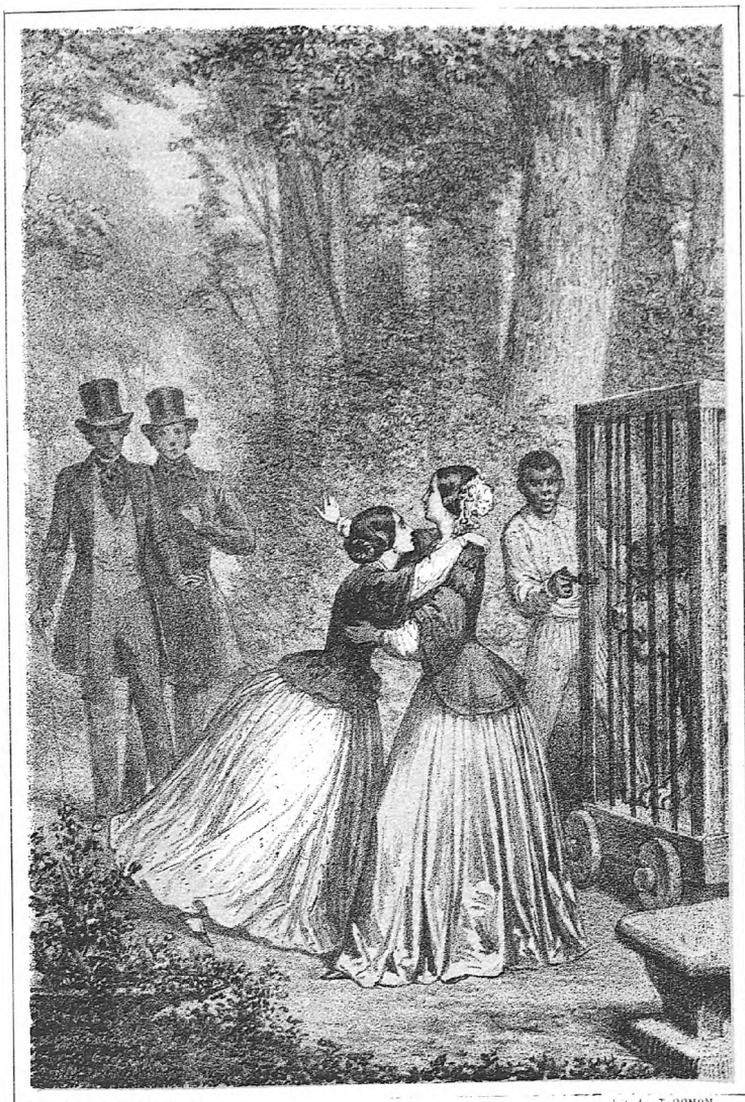
Habia mandado sacar la jaula de los leones y se entretenia en acariciarlos, cuando sintió voces y un gran ruido hácia la portería. Un negro tenia la puertecilla abierta para que saliesen los leones, no creyendo que nadie pudiera penetrar en los jardines.

—Mira qué ocurre; parece que grita Fritz, dijo la dama á Lindora, que la acompañaba.

Apenas desapareció ésta por un lado, entró por otro fatigosa, anhelante la pobre Tránsito. Al ver á Blanca, dió un grito de alegría y se adelantó á su encuentro.

Por su parte la condesa la reconoció en seguida, conociendo por su emocion y por el desórden de su trage que la amenazaba algun peligro.

La jóven se precipitó en los brazos de su amiga, exclamando: —¡Oh, amiga mia!.... ¡sálvame!.... ¡sálvame!....



R. ZANZA, 1895

Ed. de J. BONON

La joven se precipitó en los brazos de su amiga esclamando:—Oh! amiga mia!... Salvamé!... Salvamé!...

